

Por Afonso Becerra 15 Apr 2017

ANTES DE LA METRALLA, teatro Raro de MATARILE, fue el espectáculo central del programa del ALT.17, no solo por su situación en el escueto calendario del festival, sino también por el amplio número de participantes, entre elenco y público. Porque Matarile sigue ahondando en una poética teatral del encuentro.

Este FinALT 2017 se compuso de cinco solos en relación directa al público, uno de ellos de carácter culinario ritual, el de Mariví Martín y los otros de carácter teatral y dancístico: Sonia Gómez, Begoña Cuquejo, Masu Fajardo y Celeste González. Cinco solos en interacción directa con el público y el espectáculo coral de Matarile Teatro, ANTES DE LA METRALLA, en el que actuaban Mónica García, Eduardo Pérez-Rasilla, Ana Contreras, Lara Contreras, Ricardo Santana, Celeste González, Carlos Aladro, Baltasar Patiño y Ana Vallés, con la colaboración especial de Óscar Codesido, Julio Fer, Jorge de Arcos y Avelina Pérez.

Para atenuar esa sensación de que estábamos asistiendo a la última edición del festival, a esa sensación de FinALT, uno de los participantes, el actor Óscar Codesido, improvisó una gracia verbal en forma de juego de palabras: "Esto no es un Adiós, es un ALTaluego!", quizás consciente de que la sociedad y la propia profesión teatral no pueden prescindir de la realización de festivales como este y donde desaparece uno aparece otro, igual que acontece cada primavera con las plantas y las flores.

ANTES DE LA METRALLA es como una gran cesta de frutas, en la que hay muchos colores y sabores, mucha variedad, humor, ironía, y muchos libros. Quizás el tema que flota en las diversas secuencias es el de la estupidez. Las diferentes declinaciones de la estupidez que invaden no solo la vida pública, en su dimensión más política, sino también los escenarios, igual que la peste ha asolado el limonero que Ana Vallés, la directora de Matarile, tiene en el huerto de su casa de Rodiño (Compostela), tal cual ella misma nos cuenta al principio del espectáculo. Una peste, la de la estupidez y la del limonero de la Vallés, muy alejada de aquella que ansiaba el visionario Antonin Artaud, tantas veces invocado en las obras de Matarile Teatro.

Carlos Aladro, actor en ANTES DE LA METRALLA y actual director del Festival de Otoño a Primavera de Madrid, también arranca, en una de sus intervenciones, afirmando que la estupidez es el problema más grande hoy en el teatro.

Ana Vallés, añade que la estupidez progresa con el progreso, poniendo sobre la pasarela de este "autosacramental" laico, como lo define la doctora Ana Contreras, que también actúa en él, la paradoja flagrante de un progreso contradictorio y, según cómo, nefasto.

Si nos paramos a pensar un rato, pronto llegaremos a la conclusión de que el progreso parece hacerse efectivo, sin paradojas ni contradicciones, solamente en las ciencias. El progreso en las ciencias nunca supone un retroceso, siempre es un avance en el conocimiento. Sin embargo, en las artes y en las tendencias sociales, económicas y políticas, podemos observar como el paso del tiempo y la experiencia acumulada no garantizan un progreso ni un avance provechoso en el conocimiento, ni mayor felicidad en la práctica. Seguimos aparentando que solucionamos problemas con guerras, cuando, en realidad los estamos creando. Seguimos votando a políticos que demuestran pocos escrúpulos y apenas valores éticos encomiables, quizás porque envidiamos sus riquezas y su halo de poder, véase el ejemplo obvio de Donald Trump en el país modelo, ese país que nos sigue dictando cómo debemos pensar y vivir.

El progreso de la estupidez humana. El ser humano, quizás la única especie del reino animal capaz de ser estúpida.

Estupidez, una palabra malsonante, según Ana Vallés, igual que "españolez", citando a Sánchez Ferlosio, en su crítica contra el poder. Malsonante como "modernéz", muy al día en las tendencias escénicas de mayor éxito y aparente innovación epidérmica.

En la medida en la que ANTES DE LA METRALLA aborda, desde un plano alegórico y discursivo, la batalla contra algunos de los "vicios" de la ultrapasada contemporaneidad, sí que se podría considerar

como una actualización de la "psicomaquia" medieval o del "autosacramental", tanto por su estructura fragmentaria como por la encarnación de conceptos abstractos como "progreso", "estupidez", "utilidad", "identidad", la paradoja entre el culto al pasado y la apología de la novedad, etc.

ANTES DE LA METRALLA posee una estructura que alterna números más coreográficos y musicales, con números más discursivos, siempre con acciones simultáneas que diversifican el foco de atención en un paisaje polimorfo y barroco.

Se trata de una pasarela que contrapone acciones discursivas, alrededor de cuestiones sociales y artísticas, tal cual cuestiones vitales. Por ejemplo, Ana Contreras analizando la falta de repercusión del teatro contemporáneo realizado en los márgenes, fuera del aura de los grandes nombres de alto caché, que pasan por Edimburgo o Avignon, frente al discurso de Julio Ferrer, entrevistado por Ana Vallés, sobre cuál será su último poema escrito sobre una cerilla, después de tantos años escribiendo poemas en cerillas que se queman.

Una pasarela en la que se contraponen números musicales, por ejemplo, Celeste González cantando en francés una balada triste sobre un corazón, ante el músculo cardíaco seccionado y colgado, que ha estado oscilando por encima de Mónica García, mientras la bailarina se lanzaba por el suelo, en otra batalla física de extensión alegórica. Frente al rap de la metralla entonado por Ricardo Santana y por la misma Celeste González, vestida de una manera menos dulce que en la balada.

Una pasarela que contrapone imágenes de aliento surreal y lírico, como, por ejemplo, la de la cabeza gigante de payaso, avanzando con unas piernecitas diminutas, acompañada por dos actores, entre los haces mágicos de luces de Baltasar Patiño, envueltos en un espacio sonoro reverberante y sobrenatural. O cuando Ana Vallés lleva su cabeza reclinada en una silla, mientras arrastra el cuerpo por la pasarela, con una pierna encima de la pasarela y la otra por el suelo. Frente a las imágenes más icónicas y cómicas de las hermanas Lara y Ana Contreras, haciendo de Sheriffs con bigotes, gafas oscuras y traje, en otra representación alegórica de la ley y el orden, desbordante de ironía. En un registro similar, Avelina Pérez, con la figura de la beata de peineta y mantilla española, de riguroso luto, con bigote y gafas oscuras, falda de tubo y medias de encaje, se nos muestra como la efigie de una España cañí nacional católica. Una estampa inquietante que une lo viril (el bigote y la pose sobria) y lo femenino (la falda, las medias de encaje, la peineta y la mantilla), en una mezcla perversa, donde lo rancio siempre asoma por alguna esquina, apuntándonos con el dedo implacable y el gesto adusto.

En el polo más performativo y coreográfico, todo el elenco tiene intervención, pero resaltan las acciones dancísticas de Ricardo Santana, Mónica García, Lara Contreras, Ana Vallés y la nueva incorporación de Jorge de Arcos, que se integra en las coreografías más corales, pero también ofrece un contrapunto muy simpático con un toque clownesco muy singular.

En el polo más discursivo, también tiene intervención todo el elenco, aunque resalta el papel de Ana Contreras, Ana Vallés, Eduardo Pérez-Rasilla, Carlos Aladro y Celeste González, que sostienen, quizás, intervenciones e interacciones de mayor debate.

Una pasarela, con el público a ambos lados, dentro del escenario, y bañado por la acción lumínica y sonora de Baltasar Patiño. No existe un diseño preestablecido de iluminación, Patiño va delimitando el espacio con los haces de luz, en una estética muy rock and rollera, y juega con las actrices y los actores en una especie de improvisación constante. Esto produce un espacio dinámico, flexible, fluido. El efecto es deslumbrante, con momentos de extrema belleza.

Una pasarela preparada para la reivindicación concreta, con datos y cifras documentados, sobre cachés, sobre anécdotas ejemplares, con reflexiones personales y citas librescas. Pero también preparada para la fiesta y el convivio.

"Teatro raro", pone en el programa del ALT, recogiendo la definición con la que Baltasar Patiño ilumina estos modos de hacer.

Un teatro raro, casi casi tan raro como el espectador y la espectadora... Porque lo humano es raro. Es la máquina la que es normativa y normal, al repetirse idénticamente en su fabricación y funcionamiento. Pero lo humano, lo humano se queda fuera, incluso, de una identidad, más allá de las posibles identificaciones procesuales que vayamos gozando y padeciendo en esta otra pasarela que es la vida.